





DESTINO A SAHORÁ



Anna Sar

DESTINO A SAHORÁ



Primera edición: junio de 2018

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Anna Sar

ISBN: 978-84-17362-44-7

ISBN digital: 978-84-17362-45-4

Depósito legal: M-10612-2018

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A ti Vidi, en un allá que siempre será aquí



EL VALLE DE ASHKAY

I

El denso vaho que exhalaba al respirar apenas se distinguía de la espesa niebla que invadía el Valle, cubriéndole en su totalidad, dejando únicamente al descubierto los desnudos picos de los más altos cerros que lo rodeaban. Con cada bocanada, el frío penetraba profundamente en sus pulmones pudiendo apreciar cada uno de los imperceptibles aromas del Valle.

Bajo sus pies, una densa capa de nieve cubría el suelo, tiñendo de blanco el horizonte, generando una falsa, intensa, y casi cegadora, luz. Grandes y frondosos árboles, testigos del paso del tiempo, se alzaban majestuosos frente a ella, elevando sus desnudas ramas buscando alcanzar pequeñas briznas de sol que se colaban furtivas entre el manto neblino. Bajo ellos, tupidos arbustos sobre los cuales había quedado atrapada una gruesa capa de nieve, provocando en el paisaje, una sofocante sensación de ahogo.

Ella, inmóvil, de pie y descalza sobre la nieve, permanecía distraída, haciendo pequeños huecos con los dedos gordos, intentando alcanzar una pequeña hoja seca que yacía, semicongelada, al fondo. Un pequeño y raído vestido, de un solo tirante, atado sobre el hombro izquierdo, no lograba disimular su talle atlético. Su hermoso rostro de claridad intensa, no mostraba las consecuencias

del frío, quedando disimulado por largos y oscuros mechones de cabello y enmarcado por unas densas cejas que disimulaban unos pequeños ojos inquietos, y quedaba solo de manifiesto en el color rojo de sus oscuros labios.

Incapaz de percibir el intenso frío que hacía, permaneció inmóvil, con la mirada perdida en el horizonte. Tras unos minutos, logró recomponerse y se dispuso a hacer su rutina diaria y aún descalza se encaminó hacia el borde del pozo, situado al margen derecho de la modesta cabaña de piedra y madera en la que vivía. Apoyados en el borde, desde la noche anterior, dos cubos de madera, usados para trasportar agua y que, tras llenarlos, usó para rellenar el bebedero de Beiji, una gran hembra de percherón, la única superviviente de las masacres que en épocas pasadas tuvieron lugar en aquellas tierras, y que la esperaba en su establo, anexo a la cabaña.

Las dos estancias, establo y cabaña, habían sido construidas juntas, solo separadas por unos estrechos tablones que hacían las veces de puertas. En el centro, entre las dos estancias y beneficiándose del calor que este desprendía, un hogar de piedra para la lumbre. Este permanecía, generalmente, copado por los dos grandes canes que la acompañaban, y quienes siempre se situaban en posiciones estratégicas frente a él para entrar en calor, Cigi y Disé.

Los animales, dos imponentes hembras de amplio tórax y gran cabeza, tenían unas gruesas y robustas patas, que junto con la amplitud de sus cuerpos daban una apariencia rectangular. Bajo un grueso y tupido pelaje, de color blanco roto, quedaban camuflados dos pequeños ojos de mirada expresiva. No podía definir su raza, las modificaciones genéticas a las que se habían visto sometidas hacía que fuera imposible saberlo. No obstante, por su apariencia y envergadura, debían tener aporte genético de lo que hacía años, en *Tierra Vieja*, llamaba Mastín.

Una vez hubo rellenado el bebedero, depositó nuevamente los cubos en su sitio y se encaminó a la cabaña, en donde se aprovisionó de rudimentarios útiles para pescar. Entre los artículos, una primitiva caña de pescar fabricada con una rama de Kiné, el árbol

con la madera más resistente del Valle, e hilo, que halló, años atrás, entre los restos de un pequeño puesto de vigía y que ya solo era el recuerdo de una época pasada. Todos aquellos utensilios solo eran para ella mero atrezo, ya que únicamente debía usar sus «habilidades» si quería obtener alimento. No obstante, de esta manera se sentía más cerca de su «yo humano».

Descalza y provista del material necesario, se adentró entre la maleza abriéndose paso entre las ramas de los árboles desnudas. Tras ella, Cigi y Disé y en último lugar, siguiéndolas de cerca, Beiji.

El recorrido hasta el lago, de apenas 1 kilómetro, siempre se antojaba entretenido. Cigi y Disé la adelantaban corriendo, parándose a tan solo unos metros de distancia, esperando su llegada, mordisqueando la nieve en actitud juguetona.

Desviándose del camino principal, bordeando el lago, buscaba el lugar más propicio en el que situarse y aunque quedaban varios cientos de metros para llegar, podía escuchar el sonido del agua y la vida bajo ella. Una vez seleccionado, y tras realizar un pequeño hueco en el hielo, solo debía sentarse a esperar a que hubiera algún pez que decidiera salir de su letargo para comer. Sería entonces cuando se encontraría, frente a sus ojos, un delicioso cebo, elaborado durante los días previos con restos de otros peces y grasa.

Las horas avanzaban y el resultado de la espera dio su fruto, alzándose con un botín de una docena de ejemplares que cubrían sobradamente las necesidades alimenticias que pudieran tener, tanto ella como los canes que a la hora de comer reclamaban su parte.

De entre los ejemplares pescados se distinguían *Guadokes*, intimidantes criaturas de más de un metro de longitud. En su rostro, dos grandes ojos saltones, una gran aleta central y una aleta trasera que simulaba un sinuoso velo dorado y que, gracias a su apariencia era usado como distracción para sus presas. De apariencia acuosa, se encontraban en las zonas más profundas y fangosas del lago; *Taopines*, de menor tamaño que los anteriores, de color verdoso, y una gran boca flexible, que les permitía alimentarse de presas del doble de su tamaño; *Guadokes* y *Liacinas*, de estructura alargada y

serpenteante resultaban un exquisito manjar, únicamente desdeñables por las enormes espinas que recorrían su aleta central, convirtiéndoles en presas esquivas.

A lo lejos, percibía los murmullos del lago, voces inocuas que conversaban bajo el agua. Casi de forma instintiva, respondía mentalmente a aquellas conversaciones, jamás verbalmente, pero debía respetar el pacto. Cada uno debía permanecer en su lugar. Suspiró.

Ultimados todos los peces, sin dolor ni sufrimiento, comenzó a recoger y cargando las capturas sobre el lomo de la dócil yegua, se encaminó hacia la cabaña.

Durante el trayecto, percibió olores distintos a los que estaba acostumbrada. El aire se notaba cargado, pero no lograba reconocer los aromas que le ofrecía. Bandadas de pájaros pasaban precipitadamente sobre su cabeza como intentando huir de un depredador, solo que tras ellos no había nada. Estremeciéndose, intentó que viejos sentimientos no salieran a la luz y, conteniéndolos con todas sus fuerzas, continuó andando, guiada por Beiji, con los ojos cerrados.

Una vez llegaron a la cabaña y soltando a la yegua quien, alejándose, buscaba los pocos brotes verdes que lograban escapar de la nieve que les cubría, se encaminó al interior y, colocando el material que había usado durante las horas de pesca, limpió los peces colgándolos, al terminar, sobre la lumbre para que se ahumaran, dirigiéndose de nuevo al exterior.

No había alcanzado el umbral de la puerta cuando un terrible estruendo agitó el Valle. Un sonido hueco se apoderó del silencio. Tapándose los oídos, elevó su mirada al cielo, buscando el origen de aquel aterrador sonido.

Beiji, asustada, se elevaba sobre sus patas traseras. Corriendo en su ayuda, intentó, vanamente, tranquilizarla sujetándola firmemente por las crines. En la lucha, cayó en varias ocasiones al suelo. Incorporándose al fin, tras varios intentos, percibió como un extraño objeto seccionaba el cielo, tornándolo de color rojizo, como si un puñal hubiera sido clavado en el corazón haciéndole desan-

grarse. Ráfagas de rayos se enfrentaban unos a otros, iluminando el Valle nevado con una siniestra luz azulada, cual preludio de un apocalipsis.

Ya lo había visto antes, hacía décadas. Algo terrible se abalanzaba sobre ellos y ya nada volvería a ser como era.



II

De entre los rayos, abriéndose paso ruidosa y bruscamente, surgió un extraño objeto metálico. Algo fallaba, la forma en la que se abría paso en el horizonte, con una trayectoria entrecortada y girando sobre sí misma, denotaba que algo ocurría a bordo. Parecía que habían perdido el control.

En su descenso, una nube de humo negro comenzó a envolverlo lentamente, haciendo presagiar que el aterrizaje no sería placentero para los que pudieran ir en ella. Finalmente, tras planear cientos de metros, terminó estrellándose contra los cerros del lado este del Valle, causando un nuevo estruendo, cuyo eco resonó durante varios segundos. En la distancia, una gran humareda negra señalaba el lugar de impacto.

¿Debía ir? Algo dentro de ella le advertía de que no lo hiciera. Si los que iban a bordo de aquella nave eran humanos, sabía lo que pasaría, cómo reaccionarían, cómo la tratarían y cuál sería el final. Pero, inconscientemente fue su corazón quien tomó las riendas de su decisión. Decidió ir en su ayuda, después de todo sabía lo que era necesitarla...

Y, girando sobre sus pies con el corazón bombeando adrenalina, entró a la cabaña a coger aquello que consideró que podía necesitar: agua y algunas mantas viejas que tenía colgadas en las paredes. Después de todo debía recordar que aunque ella no sintiera el frío, los tripulantes que hubieran sobrevivido, sí que lo harían.

Una vez lo hubo cargado todo sobre el lomo de Beiji, se percató de las sospechas que levantaría si, en caso de que los tripulantes

fueran humanos, la vieran descalza y vestida únicamente con un roñoso vestido de tirantes, bajo temperaturas claramente heladoras. Por lo que, volviendo a la cabaña, cogió del interior de un pequeño baúl unas botas de piel marrones, viejas y raídas. Unos largos y gruesos cordones la recorrían, trenzándose, desde la puntera hasta la rodilla. Además de estas, sacó un abrigo de piel, necesario para esa situación. Debía guardar las apariencias.

Hubo de tomarse unos segundos para asimilar lo que estaba haciendo. Siempre había albergado la esperanza de no necesitar lo que en él guardaba.

Una vez se hubo vestido, algo que no hacía desde hacía décadas, corrió hacia Beiji y, de un salto, subió sobre su lomo quien de inmediato, comenzó a cabalgar a sus órdenes. Tras ellas, Cigi y Disé, le seguían de cerca. La ropa, entorpecía sus movimientos y las botas rozaban sus talones causándole heridas. Debía aparentar ser «normal», no quería levantar sospechas.

Cabalaron rápidamente por el sendero por el que, horas antes, habían paseado tomando, esta vez, un pequeño desvío al este, metros antes de llegar al lago, intentando seguir la nube de humo aún visible a varios kilómetros de distancia. Las ramas le golpeaban a su paso y el corazón le latía tan rápido que sus oídos apenas captaban los demás sonidos del Valle.

¿Y si volvía a ocurrir?

Tras varios minutos cabalgando, percibió el olor a plástico quemado de la nube negra que envolvía la nave estrellada. Plásticos, cables y lo que debía ser carne quemada fueron los primeros aromas que advirtió. Le resultaban siniestramente familiares. Pero, debido a la gran cantidad de escombros que se hallaban esparcidos por el camino decidió desmontar a Beiji y continuar a pie. Debía apresurarse si quería encontrar a alguien con vida, pero también precavida. No sabía cómo reaccionarían los que allí se hallaran.

Esquivando la maleza, comenzó a escalar rocas, monte arriba, hasta llegar a un claro artificial provocado por la nave en su aterrizaje. Decenas de árboles partidos y quemados, algunos aún en

llamas, dejaban un panorama desolador, preludio de lo que unos metros más adelante vería.

Los restos del aparato se dispersaban por todo el terreno, fragmentos destruidos que difícilmente podrían ser reutilizados en el caso de que quisieran recomponer la nave. Entre el amasijo de piezas, pudo distinguir restos humanos, miembros seccionados, despedazados y quemados se dispersaban a lo largo del claro. Avanzando por el reguero de cuerpos y el amasijo de hierros, llegó hasta la nave que aún permanecía humeante.

Intentó imaginar, antes de entrar, cuál debió ser la distribución original de la nave, donde debía estar la cabina de mando, los almacenes, los motores... Supuso un gran esfuerzo ya que apenas quedaba apariencia visible de lo que debió ser en origen. Buscando la forma de introducirse en su interior, se percató de un gran agujero en el costado derecho, lugar en el que, supuestamente, debía estar el ala derecha de la nave, y cuyos restos parecían haberse desprendido, durante el impacto, varios metros atrás. Y, con la nave aún humeante, se aventuró en el interior.

A solo unos metros en el interior de la nave, halló el primer cuerpo, el cual agradeció que estuviera completo. Permanecía aún atado a su silla, sujeto por el cinturón de seguridad. El asiento, desencajado de su anclaje, había volcado hacia delante. La persona que en él yacía tenía los brazos y la cabeza colgando. La sangre que brotaba de su cabeza hacía imposible verle nítidamente el rostro. Tras apartarle tímidamente el pelo, logró distinguir, por los rasgos faciales, que se trataba de una mujer y, acercando la mano temblorosamente hacia su cuello, comprobó, de manera infructuosa, si aún tenía pulso. El frío tacto que le ofreció el cuerpo, le hizo percatarse de qué debió parecer mientras entraban en contacto con la atmosfera del planeta. Esto le hizo pensar que pudo producirse una posible despresurización en la nave antes de que sufriera el impacto.

Colándose por varios recovecos, que debieron ser, antes del alunizaje, los pasillos que comunicaban las diferentes estancias, alcanzó una nueva sala. Una de las hojas de la puerta se había desen-

cajado de la guía y, haciendo palanca con una barra cogida de entre los escombros, logró abrirla.

Echó un vistazo antes de entrar, el panorama era desolador. Se encontraba en la cabina de mando, toda la tripulación permanecía amarrada a sus asientos, inconsciente. Sus cuerpos, tendidos hacia delante, tenían la misma postura que la mujer que había encontrado unos metros atrás. Deslizándose por la pequeña rendija que había logrado abrir, consiguió entrar y avanzó hasta ellos. En el interior, una siniestra y lúgubre luz, generada por los chispazos que los cables eléctricos provocaban al balancearse y chocar entre ellos. Las piernas le temblaban y tenía el aliento entrecortado. Lo que hasta ese día era solo un recuerdo del pasado, cobró vida.

Fue comprobando, uno a uno, el estado de los tripulantes, sin éxito. Absolutamente desolada, su mirada se detuvo en una de las pocas pantallas que aún lucían en el panel de mando. Bajo la distorsión se veía la siguiente indicación:

*Estado de la carga: en riesgo.
35% de oxígeno.*

Fuera lo que fuese lo que trasportaba esa nave estaba vivo. Pero por poco tiempo, se quedaba sin oxígeno. Debía darse prisa.

Dirigiéndose, nuevamente, hacia la destartalada puerta por la que había entrado, centró su mirada en un pequeño panel en el margen superior izquierdo que, por suerte, permanecía intacto. En él, la distribución de la nave. Arrancándolo del anclaje, lo inspeccionó y, tras doblarlo en varios pliegues se introdujo, nuevamente, entre el amasijo de hierros y, siguiendo las indicaciones que en él apareció, se encaminó hacia el almacén de carga.

Por el camino, tres cuerpos inertes de miembros, por lo que señalaban sus monos de trabajo, del personal de mantenimiento de la nave, yacían magullados en el suelo, difíciles de reconocer.

Metros más adelante, frente a ella, distinguió en el dintel superior de una gran puerta metálica, un panel indicativo: «Almacén de carga». Allí era.

Tras varios infructuosos intentos golpeando el panel eléctrico, comenzó a forzar la puerta usando la barra que llevaba consigo, logrando romper el mecanismo de poleas de seguridad. Tras varios empujones y haciendo palanca con brazos y piernas, logró abrirla.

En el interior, ocho cabinas contenedores de transporte humano. En el costado, las siglas «CIGA 5». Un escalofrío recorrió su columna, tensando cada uno de los músculos de su espalda. Recordaba aquel nombre.



III

Viejos y dolorosos recuerdos comenzaron a aflorar, amontonándose en su cabeza, haciendo emerger sentimientos pasados que, hacía años, había logrado enterrar en lo más profundo de su corazón. Recordaba aquellas iniciales, estaban marcadas a fuego en su retina.

Con las cabinas frente a ella, se le planteaba el dilema de dejar perecer a la gente que ahí se encontraba, ya que solo les quedaban unos minutos de oxígeno, o salvarlos y enfrentarse a viejos demonios personales.

Fue testigo de la desaparición de la CIGA... Pero entonces, ¿cómo podía ser que, después de haber acabado con ella, esas cabinas llevaran aquellas iniciales? Esta cuestión se le repetía una y otra vez en la cabeza, impidiéndole pensar con claridad. Las piernas le temblaban y, sujetándose fuertemente a uno de los cables que caían del techo, trató de no caerse.

El aire estaba enrarecido, la nave se estaba llenando rápidamente de humo, dificultando su respiración. El titileo de unas intensas luces rojas, encima de cada una de las cabinas, la sacó bruscamente del letargo en el que se encontraba sumida.

Titubeante, se dirigió a la primera cabina y, asomándose por la apertura superior, apreció el rostro de la persona que se hallaba en su interior. Un varón, de unos 30 años, bien formado y musculado y que, por la longitud de la cabina, intuyó que su estatura alcanzaría los dos metros de altura. Su oscura piel, disimulaba el tatuaje que mostraba en el pectoral derecho. El rostro, parcialmente tapado por vello

facial, indicaba que llevaban bastante tiempo en aquellas cabinas en estado de letargo. En definitiva, un soldado de la CIGA 5.

Antes de abrir la cabina, miró a su alrededor y contó el número total de cápsulas que había en la sala dispuestas en circunferencia. 1, 2, 3... 8. Sabía que, una vez que abriera esas cápsulas, no habría marcha atrás, todo cambiaría otra vez y aunque podía acabar con ellos, quería descubrir por qué, después de décadas de su desaparición, la CIGA 5 reaparecía. Conocía la forma de actuar de la corporación, estos formaban parte de una avanzadilla de reconocimiento. Tras ellos, vendrían muchos más. Eso era lo que debía evitar.

Instintivamente, pulsó los marcadores de apertura en cada una de las cabinas. Las cubiertas superiores comenzaron a ceder, deslizándose hacia arriba, dejando al descubierto a los soldados que en ellas yacían, dormidos. Dirigiéndose a la primera cabina que había abierto, esperó inmóvil y en pie, mirando el rostro de aquel hombre, a que el ocupante de su interior reaccionara. No tardó en despertar y, zarandeando los brazos, buscó ayuda. Ella, apoyándose en el borde de la cabina, para que pudiera verla con claridad, le tomó de la mano.

—Shhhh... tranquilo, tranquilo. Está bien. Estás a salvo —le dijo con voz dulce y susurrante, tratando de calmarle—. ¿Hablas mi idioma? Asiente si me entiendes.

El soldado, notando el contacto de su fría mano apretando la suya, dejó de moverse y, mirándola fijamente a los ojos, respondió con un gesto afirmativo de cabeza. Trataba de vocalizar, emitiendo tenues balbuceos sin sentido.

Intentando aliviar el estrés de la salida de letargo, comenzó a hablarle.

—Acabo de sacarte del letargo. Os habéis estrellado. Todos los que estabais en las cabinas estáis con vida. Los que no han tenido tanta suerte son los que tripulaban la nave y varios miembros más de la tripulación. ¿Los conocías?—le preguntó.

Él negó con la cabeza.

—Mejor así —respondió ella. Su respuesta suponía un indicativo claro de que esos soldados entraron ya en aquella nave en estado de letargo. Esta circunstancia dejaba entrever el secretismo de la operación. De esta forma, evitando el contacto entre ambos, impedían la transmisión de información. Ese pensamiento le hizo estremecer.

—¿Cuál es su nombre, soldado?

—Co...cos... Cosmo—balbuceó el—. Sargento James Cosmo.

—¿Recuerda porqué está en esta cabina sargento? ¿Recuerda cuáles fueron sus últimas órdenes?—su tono se tornó menos dulce al oírle pronunciar la palabra «sargento».

—No... emmm... no. Nuestras últimas órdenes fueron el reconocimiento de las condiciones climáticas atmosféricas y de hábitat de un planeta recién descubierto y por colonizar —dijo moviendo la lengua en la boca, tratando de lubricarla con saliva para poder seguir hablando, al tiempo que se incorporaba y retiraba los numerosos cables que permanecían unidos a su cuerpo monitorizando sus pulsaciones—. Se suponía que debíamos reconocer el terreno e informar a la CIGA de las condiciones encontradas antes de recibir nuestras siguientes instrucciones.

Sabía que el hecho de mandar una misión de reconocimiento a un planeta inhabitado era el prelude de una colonización. Pero... ¿Y si les habían mentido? ¿Y si había algo más? No pudo hacer más preguntas, el resto de los pasajeros iban despertando.

Acercándose a ellos y, mientras recuperaban la conciencia, les repetía las mismas palabras que había dicho al sargento al despertar. Aturdidos y mirando a su alrededor, sentados en los bordes de las cabinas, reconocían el terreno tratando de asimilar lo ocurrido.

Una vez se hallaron todos en pie, comprobó el buen estado físico de los soldados. Ninguno superaba los 40 años, sus cuerpos eran fuertemente atléticos, la altura media del grupo se encontraba entre el 1,80 y los 2 metros. A su lado, ella parecía insignifican-
temente, pequeña.

Temblorosos, se dirigieron hacia uno de los extremos de la sala, donde abrieron lo que parecían ser taquillas. En ellas, ropa, objetos personales y avanzadas armas electrónicas, que distaban mucho de las que ella había visto por última vez.

Sin pudor y frente a ella, se desnudaron, cambiando el rudimentario camisón que cubría parcialmente su cuerpo por fuertes trajes metálicos con gruesos chalecos protectores. Girándose para darles intimidad, comenzó a hablar.

—Debemos salir cuanto antes, las llamas que se extienden por el exterior y por varias partes de la nave pronto alcanzaran el tanque de combustible.

—Ya la habéis oído. Coged todo el material que podáis salvar, tenéis 30 segundos.

—Te seguimos —oyó tras ella poco después. Inmediatamente, aventurándose entre los recovecos por los cuales había accedido, se dirigieron hacia la salida. Un pequeño ejército la seguía, no era la primera vez y, algo en su interior, le decía que no sería la última.

IV

—Debemos ir más rápido. Nos queda poco tiempo —dijo ella.

El aire era cada vez más denso, casi se podía masticar. Solo unos metros más adelante, una bocanada de humo negro cubrió el pasillo. El aire se volvió irrespirable. Los soldados cubrían sus rostros con las mangas de las camisas, tratando de discernir el camino que debían seguir. Ella, tomando con fuerza la mano del sargento comenzó a avanzar. Este, repitió el movimiento hacia el soldado que se encontraba tras él. Así, haciendo una cadena humana, trataban de avanzar por los sinuosos y abotargados pasillos, esquivando cuantos objetos se interponían en su camino.

Filtrándose a través del espeso humo, la luz trataba de abrirse paso. Eso, y los ladridos de Cigi y Disé desde la entrada, quienes subidas en el borde de la apertura de la nave por la que había accedido, les guiaban en la oscuridad.

Una vez alcanzaron el exterior, se deslizaron por entre los escombros de la apertura, intentando no tropezar con los hierros que se esparcían por el camino. Cuando estuvieron en suelo firme, cogieron aliento. Bruscos movimientos convulsionaban sus cuerpos, tratando de liberar sus pulmones del humo que los inundaban.

—No queda tiempo, ¡va a estallar!

Y, corriendo, se apresuraron a ponerse a salvo. Cigi, Disé les adelantaron en la carrera.

Segundos después, la nave estalló. La fuerte onda expansiva les alcanzó, haciéndoles caer bruscamente al suelo en donde perma-

necieron inmóviles, protegiéndose la cabeza, esperando a que la lluvia de fragmentos de metralla cesara.

Una vez esta paró, elevó la cabeza, echando una ojeada a su alrededor. Las cabezas de los soldados emergían poco a poco del suelo. Todos estaban bien. Aturdida, se sentó unos segundos antes de incorporarse del todo, contemplando como las llamas consumían lo poco que quedaba.

Una vez en pie, tendió su mano a los soldados que aún permanecían en el suelo. El primero en levantarse parecía ser el más joven del grupo. Tirando de él con fuerza, le elevó en el aire. Él, sorprendido por la fuerza ejercida, agradeció la ayuda esbozando una tenue sonrisa.

—Cabo Tense —dijo él, aprovechando para presentarse de la que aún permanecían cogidos de las manos.

—Alyssa —respondió ella, devolviéndole enérgicamente el apretón de manos. Le resultaba extraño oír su propia voz y pronunciar su nombre, hacía años que no lo hacía.

—¡Jesús! Eso es lo que yo llamo un buen apretón de manos —contestó, zafándose de la mano que aún le mantenía retenido.

—Perdona, supongo que ha sido la adrenalina del momento.- Dijo ella, con una tierna sonrisa. Debía controlar su fuerza, o acabarían descubriéndola.

Rápidamente, Disé y Cigi se acercaron a Alyssa, quien dándoles dos palmadas en el lomo les indicó que debían avanzar. Junto a ella, el cabo Tense tendió su mano a los canes. Estas, moviendo energicamente sus colas, daban vueltas, asimilando su olor.

—Gracias —dijo el Sargento James Cosmo, sacudiendo el polvo de sus manos y tendiéndole una—. Nos has salvado la vida. Si no fuera por ti, ahora mismo estaríamos todos muertos —ella devolviéndole el gesto, se limitó a sonreír.

—¿Y ahora qué sargento? No sabemos dónde estamos, todos los dispositivos electrónicos y de localización se han quemado. Está todo perdido —dijo uno de los soldados.

—Lo primero ahora es ponernos a cubierto, en apenas una hora anochecerá. Así que debemos ponernos en marcha si no queremos morir congelados. «Como si pudiera sentir el frío» —pensó. Tengo una cabaña cerca de aquí, debemos llegar antes de que anochezca.

Nadie preguntó, nadie dudó, el sargento dio la orden y todos se prepararon para seguirla.

—Tú mandas— dijo el sargento mirándole fijamente a los ojos, esperando que les guiara.

Alyssa, girándose, comenzó a andar en dirección contraria la nave. Volvía a casa.

Extrañas sensaciones recorrían su cuerpo. Llevaba tanto tiempo sola que no sabía cómo reaccionar. La cercanía del cabo Tense, quien jugaba con las perras mientras andaba, y la conversación que inició el sargento Cosmo, posicionado estratégicamente a su lado, hizo que el rencor y el odio, que la raza humana le generaba, se difuminaran.

—Te vuelvo a dar las gracias en nombre de todos mis hombres. Pocas personas son capaces de reaccionar como tú lo has hecho. No lo olvidaremos —insistió el sargento.

—Sí, muchas gracias. Si no llegas a venir estaríamos fritos —añadió el soldado de mayor tamaño quien, detrás de ellos, escuchaba atentamente su conversación.

—¿«Fritos»? —preguntó ella. La expresión de su rostro hizo reír a algunos soldados. No entendía qué les hacía gracia. No parecían percibir, por el tono de su voz, que no sabía lo que era.

—El que acaba de hablar es el cabo Elroy, Sikor Elroy. Especialista en mecánica aeronáutica. El resto son, el cabo Tense, Izan Tense, que ya se ha presentado solo, técnico informático. Los dos que van justo detrás del cabo Elroy son el cabo Aria, Alim Aria, médico, y el cabo Shytos, botánico

Estos, al oír sus nombres llevaron su mano derecha a la frente haciendo una reverencia. Sus profesiones confirmaban sus sospechas.

—Los tres últimos, de izquierda a derecha son el cabo Dode, Isisch Dode, geólogo, el cabo Zaitsev, de nombre Alexey, espe-

cialista en armamento —este se encontraba en medio de los tres que cerraban el grupo, parcialmente retirado, cerrándolo—. Y por último el cabo Garim Lesey, piloto.

Alyssa, girándose, les saludó con un pequeño movimiento de mano.

—Me muero de hambre —señaló Elroy—. El prognatismo de su mandíbula, provocaba la falsa sensación de que sus gruesos y rosados labios estuvieran alzados. Una ancha nariz centraba la atención en su rostro. Sobre ella, uno ojos de un intenso marrón oscuro, contrastaban con la intensidad del blanco de sus dientes, los cuales dejaba de manifiesto cada vez que sonreía y que desentonaban con el aspecto crespo y rizado de su cabello.

—Pronto llegaremos —contestó ella, percibiendo el esfuerzo que realizaba en la expresión de su rostro.

El silencio se apoderó del grupo durante los siguientes minutos, quedando solo roto por el eco de las pisadas sobre la nieve y el hielo. La intensidad de la luz disminuía lentamente mientras avanzaban.

—Sabes por dónde vas, ¿no? —dijo, a lo lejos, Alexey. Su altura y rudos rasgos faciales, resultaban intimidantes. De fuertes y robustas espaldas, presentaba unos rasgos faciales muy prominentes y marcados. Sus destacados pómulos partían el rostro en dos, dejando entre ellos unas tímidas cejas, y unos hermosos ojos azules que resaltaban con el blanco de sus bien alineados dientes. De facciones toscas, presentaba un gran prognatismo mandibular que llamaba aún más la atención debido al color rubio cobrizo de su pelo.

—Sí, tranquilo. Llevo años viviendo aquí.

—¿Años? Pero... ¿Cuántos tienes? —preguntó de nuevo el mismo soldado.

—No lo sé exactamente. Aquí la única medida de tiempo que tenemos son las estaciones. Desde que vivo aquí, no he tenido la necesidad de controlar cuántos inviernos pasaban.

—¿Sola?, ¿aquí?—continúo preguntando en voz alta para que, no solo ella, sino todo el grupo, pudiera oírle.

—Sí, sola. Con Cigi y Disé—dijo señalando a los canes— y con Beiji.

—¿Y si te atacan? ¿No tienes miedo?—infrió nuevamente Alexey quien, con su altura y su ruda apariencia, resultaba intimidante.

—No, no lo tengo. Esta es una Tierra de paz—. Su respuesta provocó una reacción de vergüenza a los soldados quienes, tras mirarse unos a otros, agacharon la cabeza.

—¿Ocurre algo?—se apresuró a preguntar, extrañada por su reacción.

—No, no. No te preocupes. El lugar del que venimos... Hacía años que no veíamos plantas, nieve y mucho menos animales libres.

El corazón le dio un vuelco. Prefirió no decir nada más. «La información, tanto para darla como para asimilarla, mejor poco a poco», pensó y continuó andando. Pronto sería de noche.